

El concertino

Escribe: CARLOS DELGADO NIETO

Ninguno de los muchachos del pueblo lograba los matices melódicos ni la pureza tonal que tenía el silbido de Policarpo. Cuando él silbaba, los demás nos limitábamos a escucharlo, y si él insistía en que lo acompañáramos, lo hacíamos silbando por lo bajo, tímidamente.

Una vez le dimos serenata a una chica de la cual todos estábamos enamorados. Era una chica cenceña, de cabello castaño claro y de un andar bizarro, tan erguido que parecía echarse hacia atrás cuando caminaba, cuando cruzaba la enorme plaza de tierra rosada para ir al colegio.

Aquella serenata de silbidos con Policarpo de concertino fue un verdadero éxito. Las vecinas decían después que esa sí era una serenata decente, delicada, no como las que daban los mozos adultos con trompetas y tambores que las fastidiaban. En cuanto a la chica, a partir de esa noche dejó de eludirnos y hasta contestaba nuestros saludos en la plaza. Dos meses más tarde se hizo evidente que Policarpo y la chica eran novios, cosa que aceptamos los del grupo como justa y natural.

Un día de febrero debí dejar el pueblo y perdí de vista a los compañeros. Los encontraba después, pocas veces y siempre de paso, en algún puerto. A Policarpo lo encontré una tarde en Magangué, donde yo esperaba un barco para hacer un trasbordo y donde él ejercía el comercio y se ocupaba un poco de transportes terrestres. En cuanto nos encontramos, abandonó sus actividades para acompañarme y servirme de guía; me llevó a comer a su pensión, y como mi barco no llegaría sino a la madrugada, nos fuimos de paseo hasta el Terraplén, obra recién terminada y que los residentes querían mucho porque los defendía de las inundaciones. Sobre el terraplén había puesto la alcaldía arbustos y escaños que daban la ilusión de un parque. Mientras uno de esos escaños nos resarcía de la larga caminata, Policarpo me explicó la forma como fue realizada la obra y los beneficios que producía.

Cuando terminó su exposición, le pregunté por los camaradas del pueblo, y él me dio noticias bien detalladas. Luego le pregunté por la chica. El un poco turbado, me confesó que se escribían con cierta regularidad. Por oírlo silbar, pero también para que no me creyera poseído por celos retrospectivos, inicié una tonada de nuestro tiempo, de las que silbábamos

al atardecer a la orilla del río. El acompañó en seguida, o mejor, tomó la voz cantante con su silbar limpio y poderoso. Alcancé, sin embargo, a advertir que en su silbido no había ya tantos matices melódicos como antes. Después de esa tonada silbamos otra, y los campesinos que regresaban de sus labores nos miraban con simpatía, mientras los paseantes urbanos no ocultaban su disgusto por aquel concierto plebeyo y se sentaban lo más lejos posible de nosotros.

Perdí de vista a Policarpo durante otros diez años. Lo volví a encontrar en Cartagena, donde lo mismo que la vez anterior, yo debía tomar un barco que llegaba al amanecer; mas no para un simple trasbordo sino para emprender por el Atlántico un crucero del cual no tenía seguridad de volver. En cuanto vi a Policarpo parado en el Portal de los Dulces, a las seis de la tarde, sentí que su compañía era lo que yo necesitaba para llenar aquellas horas vacías del que ya se ha despedido y no le resta más que esperar la hora de partir. Yo había visado mi pasaje en todos los sitios oficiales y comerciales que era necesario, y en el abrazo que le di a mi amigo de infancia le ofrecí tácitamente todas las horas que me quedaban en tierra. Pero él se mostró frío y como extrañado de que lo saludara tan efusivamente. Noté en él además cierta pesadez espiritual que superaba el mayor volumen adquirido por su cuerpo; ahora recuerdo que fui yo solamente quien avanzó en el saludo, él se limitó a esperar con una sonrisa circunspecta que parecía decirme: "Recuerdas que ya no somos chiquillos". A pesar de eso, yo le golpeaba la espalda y lo empujaba invitándolo a tomar algo en alguna parte. Cediendo a la presión de mi brazo, él bajaba de vez en cuando un pie del andén, pero se apresuraba a subirlo de nuevo, indicando claramente que no deseaba moverse de allí, por lo menos en mi compañía, y finalmente borró de su cara la sonrisa de circunstancia que mostraba al principio. En cierto momento pensé que a él mismo le molestaba no acompañarme, y le pregunté si le pasaba algo grave. Me respondió apresuradamente que no, y agregó en seguida en forma irrevocable, que debía irse a su casa, una casa que de algún modo me hizo saber que era propia. Con esto último, no se por qué, lo vi todavía más distante, menos amigo. Se despidió tendiéndome la mano y tratando de sonreír.

Estuve largo rato preguntándome qué le habría pasado a Policarpo para que hubiera cambiado tanto. ¿Era el progreso económico, que lo había aburguesado? Luego me poseyó el rencor. No podía perdonarle a mi viejo amigo que me dejara solo en esas calles de piedra triste, sin poder eludir un solo momento la inquietud del viaje, que en realidad era una aventura temeraria.

Ahora, cuando ya le doy a ese viaje su verdadero nombre, comprendo por qué vi tan distante a Policarpo cuando me habló de su casa propia: esa situación de él, estable, segura, era el polo opuesto de la mía, desarraigada, flotante. Yo no temí ser retenido; pero él sí temió ser arrastrado.

Por lo demás, después he sabido que él se casó con la chica de la serenata, y era ella quien lo esperaba en la casa. ¿Qué tonterías pudo pensar el ruiñeñor aburguesado para no hablarme de ello? A causa de su situación, Policarpo se había convertido en un hombre de mente sucia, que tenía miedo. En Magangué su silbo poseía menos matices que antes; en Cartagena ya no tenía matices, y él hacía bien en no silbar.